

## **No hay mal que por bien no venga**

### **Por Mateo Cepeda**

El Charco estaba turbio. Aquella que solo parecía ser una visita, había llegado a aquel pueblito de Nariño con el propósito de quedarse. Era la típica vecina con la que nadie quería compartir, porque ya había hecho de las suyas años atrás y esta vez amenazaba con arrasar con todo aquel que se le opusiera. Algunos chaqueños la llamaban violencia, otros, conflicto, mientras que los más afectados le llamaban tragedia. Sin embargo, sin importar cuál fuera el nombre o apodo, esta tenía una única tarea: destruir.

\*\*\*

El sol se levantaba y como cada día, vanidoso, se miraba en el reflejo del río Tapaje. En una de las tantas casas que conformaban el pueblo, Linda Caldas comenzaba su jornada. Ella junto a su hermano, Kevin, se alistaba para ir a la escuela, mientras sus padres se preparaban para iniciar una larga jornada para buscar trabajo. Francisco Caldas, músico y docente, y Ana María Castro, quien trabajaba en Corponariño, habían tenido que adaptarse a las consecuencias que traía el inicio del primer mandato de Álvaro Uribe Vélez, por un lado, la guerra, por otro, la concentración de fondos para combatirla. A pesar de estar desempleados, la familia Caldas contaba con dos casas en El Charco. En una de ellas vivía toda la familia, mientras que la otra, había sido arrendada a un hombre, su esposa y su hija.

La vida de Linda no tenía nada de extraordinario, después de la escuela se dedicaba a cantar y a pensar sobre su futuro. Ella lo tenía claro, quería ser artista. Y es que desde los cuatro años – cuenta ella – ya cantaba y en compañía de su hermano, todos los domingos, eran los encargados de corear las misas del pueblo.

### **Cuando todo se fue al piso**

El Charco estaba gobernado por el negocio de la coca. Guerrilleros, paramilitares y el ejército convivían bajo la línea de un conflicto silencioso. Varios rumores se venían escuchando desde hace algún tiempo en las calles del pueblo: Francisco Caldas le tenía arrendada la casa a unos quince paramilitares, y esto a la guerrilla no le hacía ninguna gracia.

- La gente del pueblo estaba asustada porque creían que nosotros habíamos metido a esa gente de apostá y le avisaron a la guerrilla. El ultimátum fue claro, si mi papá no sacaba en tres días a los paracos de la casa, los que íbamos a terminar muertos íbamos a ser mi hermano y yo. Mi papá no tenía ni idea de qué hablaban.

Cuando Francisco fue a comprobar los rumores, no fue mucho lo que pudo hacer. El hombre que vivía en la casa de los Caldas, a pesar de ser reconocido en el pueblo, escondía a casi una veintena de paramilitares. El padre de Linda se encontraba entre la espada y la pared.

- No esperamos ni siquiera los tres días. Después de llegar del colegio, mi papá nos ordenó empacar nuestra ropa. Lo único que alcanzamos a coger, distinto a lo esencial, fue la guitarra.

Con maleta al hombro y sentimiento de zozobra, la familia Caldas emprendió un largo camino, un camino hacia una nueva vida nunca pedida. Cada paso que Linda daba representaba dejar atrás doce años de vida, una historia, su identidad y su cultura. La familia Caldas no tenía presente a qué se iban a enfrentar, solo sabían que debían volver a empezar.

Los cuatro charqueños se dirigieron a la sucursal del cielo, Santiago de Cali. Allí, una vieja casa desocupada de la familia, sería la base de concentración de nuevos sueños y del inicio de la carrera de una nueva artista.

### **No somos desplazados**

Con su guitarra, Linda y Kevin empezaron a cantar las misas en Cali. Ellos pidieron ayuda al párroco, quien les terminó pagando cerca de \$5.000 por cada eucaristía. La situación para ellos no estaba nada fácil, y esto pudo ser por la ignorancia o por orgullo, pero la familia Caldas Castro nunca pidió ayuda para desplazados.

- Nosotros no nos considerábamos como tal. Nosotros no tomamos la actitud de “somos desplazados y vamos a pedir a la calle”. Decidimos nos victimizarnos sino empezar a trabajar y tratar de salir adelante. Así fue cómo empezamos.

Tal vez lo más difícil que tuvo que pasar Linda fue adaptarse a una ciudad más grande. Cómo movilizarse, acostumbrarse a un nuevo acento y nuevas expresiones, no era nada

sencillo para alguien que no había salido nunca de su pueblo. En el colegio nadie sabía sobre su condición de desplazada y era un objetivo constante de burlas por su color de piel y su forma de expresarse. Si no había para el bus le tocaba irse a pie y el hacerlo era tortuoso para ella, no por la distancia que tenía que recorrer sino por lo que tenía que soportar.

- Me encontraba viejos verdes en el camino. Yo era una joven muy desarrollada para mi edad. Mis senitos estaban muy desarrollados y los tipos me ofrecían plata para acostarme con ellos. Esto nunca me había pasado en mi pueblo.

Desconocer, aprender y equivocarse son los tres pilares que resalta Linda al hablar sobre sus primeros meses en Cali. La familia entera estaba decidida a rebuscarse la vida a través de la música, así como lo hacían en El Charco creando orquestas al mejor estilo de Menudo o Salserín. Sin embargo, su color de piel y su forma de hablar se habían convertido en un obstáculo para progresar, un obstáculo no imposible de remover.

- Teníamos la necesidad de cantar para poder comer, para poder vestirnos. El colegio era gratis, pero a veces uno no tenía ni para llegar hasta allá o para comerse algo para el descanso. Entonces, eran muchas cosas que cambiar en la vida, pero que te van fortaleciendo y te van moldeando de una manera en la que si te sale un problema, uno ya no hace el drama gigantesco sino lo enfrenta. Para eso me ha servido mucho vivir este proceso, porque si no hubiera pasado no te estaría diciendo esto con las palabras que te estoy hablando y no sé cómo hubiera sido mi vida. Yo sé que tenía el proyecto de vida de que me iba a venir a estudiar una carrera a la ciudad, pero no en las condiciones en que viví.

De su sueño de niña de ser una gran actriz había surgido el impulso de estudiar la Licenciatura en Arte Teatral, después de su grado como cantante. Linda sentía la necesidad de ser una mejor artista, de ser más integra. Dentro de la licenciatura, Linda fue encaminada a modelos pedagógicos para enseñar teatro. Un maestro le sugirió alguna vez que utilizara toda su riqueza cultural del pacífico para la creación de sus personajes.

- Yo empecé a encaminarme por ahí. A mí siempre me gustó bailar El Currulao, pero nunca lo hacía por pena. Entonces empecé a encaminarme por ese consejo y a buscar temas con eso. Cuando ya pasaron muchos semestres, yo marqué un

perfil como actriz en la que en la mayoría de ocasiones cantaba, bailaba y actuaba a la vez.

La carrera que había decidido cursar, para dejar atrás su pasado como desplazada, había sido la encargada para recordárselo. Como proyecto grado, Linda debía crear una puesta en escena que retratase algo personal y social.

- Yo dije que quería hacer algo del Pacífico y pensé en qué podría atrapar a la gente a partir de esto. El desplazamiento fue mi elección. Empecé a indagar sobre el tema por muchas partes, en libros y entrevistas.

Sin embargo, fue un profesor en Bogotá, el encargado de sugerirle a Linda que tomase su propia historia.

- Para mí eso fue un choque – asegura entre risas – Yo decía “no mi historia no”, nunca había querido enfrentar esa realidad y esta fue la manera de enfrentarla. El profesor me aconsejó que no me presentara en la obra como la victima sino que utilizara ese conocimiento para contar la historia desde un ángulo que no me permitiera entrar en catarsis. De esa manera, comencé a recordar y a re escribir mi vida.

Su padre y víctimas del desplazamiento del pacífico fueron sus principales fuentes para la construcción de su obra. Esas entrevistas la llevaban a recordar por todo lo que había pasado, toda una serie de sucesos que terminó encerrando en “Astillas de Chonta”.

La obra suena a pacífico, suena a Currulao. Un ritmo elegido por Linda para transmitir la cultura, las costumbres y toda la esencia natural de los negros del pacífico cuando estaban en la época de la esclavitud. Gracias a estos sonidos y la fusión de testimonios de varias personas, construyó un nuevo personaje, el cual retrataba las vivencias de miles de desplazados del país.

- Los muertos flotando en el río, las balaceras, el llegar a una nueva ciudad y adaptarte en contra de tu voluntad, y situaciones así que tuve que vivir y que muchos han vivido las plasmé en escena.

Linda aún no deja de sorprenderse de la reacción del público a lo que había sido su proyecto de grado. Ella describe las caras de la gente como expresiones de desconcierto y de asombro. En sus primeras presentaciones, la gran mayoría de público estaba

conformado por personas desplazadas. El propósito de la actriz era ver su reacción y de alguna manera recibir su aprobación, a fin de cuentas era la historia de ellos la que estaba sobre escena.

- La gente lloraba mucho. En tres presentaciones de la obra yo abrí foros para que la gente me diera su opinión de lo que representaba la obra, porque eso representaba para mi enriquecimiento como creadora y actriz. Unos me llegaban llorando y me decían que les había parecido que la obra muestra no solo lo que vive el pacífico en general sino Colombia y muchas regiones del mundo entero.

Para la actriz, los medios de comunicación presentan el desplazamiento de una forma muy superficial y así lo ven muchos colombianos. Sin embargo, ella con su “Astillas de Chonta”, iba más allá al mostrar la cruda realidad, de una manera respetuosa y artística, sin caer en el cliché, a través de la comedia, el drama y el suspenso. A través del sonido del Pacífico que tanto le gustaba bailar y cantar, Linda había logrado hacer historia.

\*\*\*

A un año de su primera presentación, Linda es consciente del papel fundamental que juega el arte en un momento histórico como el que vive Colombia. Para ella, el teatro permite que las personas se identifiquen con las situaciones y las asimilen y reaccionen de una manera más rápida y precisa.

Ya son doce años desde que tuvo que dejar su lugar de nacimiento para comenzar una nueva vida. Miles de situaciones ha tenido que vivir para convertirse en lo que hoy es. Escuchar nuevos acentos, aceptar silbidos en la calle, dejar de sentir el olor a mango o la brisa del Pacífico, salir a la calle sin preocupaciones, ser simplemente Linda Caldas, la charqueña que se fue a Cali a estudiar y no que llegó por ser desplazada, son cosas que ha tenido que aceptar, pero que no significaron una derrota para lo que siempre había soñado. Ningún arma, guerrillero o paramilitar obligó a Linda a apagar su voz.

- Yo digamos que yo si los he perdonado, yo no tengo rencor en mi corazón por ellos. A mí me da es dolor que eso siga pasando, eso sí me duele. No cabe en mi vida el rencor, además que yo soy muy dedicada a las cosas de Dios. Además yo siento que, como dicen por ahí, no hay mal que por bien no venga. Yo he mejorado muchas cosas en mi vida, como personal como profesionalmente, sin embargo si me duele mucho que siga pasando.